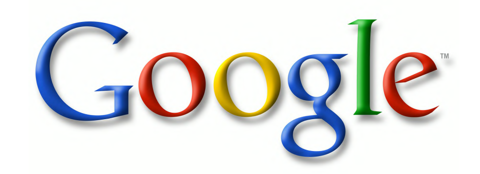
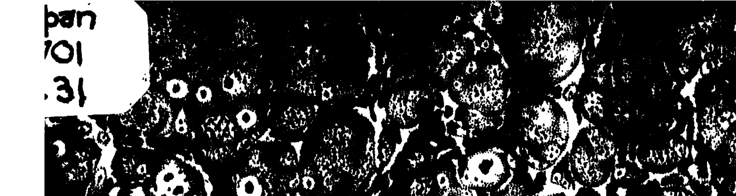



pan
701
.31





POESÍAS

POESÍAS

DE

D. Angel María Dacarrete.



MADRID
TIPOGRAFÍA DEL SAGRADO CORAZÓN
54—Leganitos—54
1906





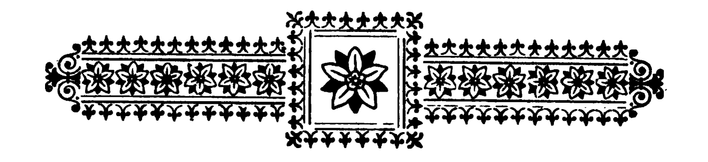
Angel Mª Dacarrete

AL

Sr. D. José Manuel de Garamendi

en recuerdo de la amistad y afecto que le profesaba el autor, su familia tiene el gusto de ofrecerle este modesto ejemplar de algunas de sus poesías.

Este libro no se vende.



ADVERTENCIA

El presente volumen contiene las poesías líricas de D. Angel María Dacarrete, que la familia del ilustre poeta ha reunido cuidadosamente creyendo, y con razón, que podrán hoy ser del agrado del público no pocas de ellas, y que la crítica imparcial considerará seguramente á todas como muestras preciosas del período literario en que vivió el autor, y que tan dignamente representaba.

Otro no menos abultado, ni de menor mérito, forman también las obras dramáticas, algunas de las cuales, como *Magdalena* y *Julieta y Romeo*, valieron á su autor rui-

dosos triunfos en días en los que para abrirse carrera con gloria en la escena española había que competir dignamente con los Ayalas y Tamayos.

Ni la familia de Dacarrete ni los amigos se han atrevido á dejar fuera de la colección ninguna de las poesías encontradas, cosa que sólo habría podido hacer cumplidamente el autor con arreglo á sus gustos é ideas. Ya que no éste, hagan hoy la selección la crítica y el público.

En todo caso, y por severa y depurada que sea dicha selección, bien puede creerse que quedarán obras más que suficientes para cimentar sobre sólidos fundamentos las alabanzas que el poeta merece, ya por sus versos eróticos, que son de los mejores, ya por alguna de sus composiciones de índole diversa. Si sus poesías religiosas no rayan á tanta altura, téngase en cuenta que pertenecen á los primeros tiempos del autor, y asimismo que son muy contados en nuestra literatura los maestros de esta clase de composiciones en que tanto sobresalieron otros días San Juan de la Cruz y Fr. Luis de León.

Algunas de las poesías hoy coleccionadas, como las que se titulan *A Sevilla*, *En un baile*, son inéditas; otras corrían ya impresas en diferentes épocas y diversas publicaciones. Tales son, entre otras, las nombradas *En la muerte de Lincoln*, *Al Guadalquivir* y *En Siberia*, inspirado y vigoroso canto que basta para conquistar á un poeta imperecedera nombradía. Valera le incluyó en su *Florilegio*, y Ayala, que no se acordaba muchas veces de sus versos, recitaba de corrido y con verdadero entusiasmo éstos de su gran amigo y compañero de toda la vida.

Algunos de los sonetos que contiene la parte de este volumen, que su autor solía llamar, y así lo llamo yo por eso *El libro del amor*, son de los mejores que tenemos en este género, poco fecundo entre nosotros en obras de verdadero sentimiento y de forma natural y sencilla, en tal manera que bien podemos decir que ha sido constantemente un *género falso* de conceptos y de ideas alambicadas y aparatosa dicción en que rara vez habla el alma inspirada del poeta. Por eso tenemos en tanto las de

Dacarrete, á que nos referimos, y que bien podemos calificar de modelos en su clase y comparables con las de los poetas más celebrados de su tiempo.

Dacarrete tuvo la fortuna de ser discípulo de Lista cuando el maestro sevillano dirigió el Colegio de San Felipe de Cádiz. Entre las poesías coleccionadas hay dos dedicadas á Lista que reflejan al vivo la veneración, la gratitud y el cariño que atesoraba su alma. Fué en el orden histórico el último hijo, *el Benjamín* del glorioso patriarca de las letras españolas.

Fiel á la educación literaria recibida, Dacarrete si se apartó algún tanto, andando el tiempo, de la estrechez de las doctrinas neo-clásicas, abriendo su corazón al romanticismo luego dominante, conservó, en cambio, siempre el buen gusto formado en la escuela misma en que se educaron Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Pardo, Pezuela, Roca de Togores, Rodríguez Zapata, Ochoa y otros, igualmente discípulos de Lista.

Y este buen gusto literario resplandecía, lo mismo en las poesías líricas que en las

dramáticas, en los discursos y en cuantas obras salieron de su pluma. Es más, aun en sus escritos de abogado, y hasta en los expedientes en que intervino como empleado, reveló siempre sus altas prendas de estilo y de lenguaje, como su amigo y compañero largos años en los altos Cuerpos de la Administración pública, D. Pedro de Madrazo, de esclarecida memoria.

Gobernador civil, Diputado á Cortes, Director general mucho tiempo de Hacienda y de Gracia y Justicia del Ministerio de Ultramar, Dacarrete sirvió también durante veinticuatro años en el Consejo de Estado, perteneciendo al Tribunal Contencioso y presidiendo la Sección de Hacienda hasta que quedó cesante por reforma en Mayo de 1904.

Con decir que murió pobre, queda hecho el mayor elogio del integérrimo empleado. Falleció el 13 de Octubre de 1904. Había nacido en el Puerto de Santa María el 14 de Noviembre de 1827.

En tiempos en que fácilmente pueden escalar todos los puestos por subidos que sean, no ya las medianías, sino las vulga-

ridades mismas, medrada sería la gloria de Dacarrete si sobre todos sus honores y cargos no ostentase, como por dicha suya noblemente ostenta, título más alto, título que no pueden otorgar ni el favor ni la intriga, el título de poeta, y poeta excelente y verdadero.

Como tal mereció que el Gobierno le concediese la Gran Cruz de Alfonso XII y que le abriese de par en par sus puertas en 2 de Febrero de 1900 la Real Academia Española. Murió sin ingresar en ella y cuando había comenzado á escribir el discurso correspondiente, que no pasó de los primeros párrafos.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.

POESIAS RELIGIOSAS



EL VIERNES SANTO

... Jesus dixit: filiae Jerusalem nolite flere super me, sed super vos ipsus flere, et super filios vestros.

S. Luc., cap. XXVIII.

I

Doncellas de Israel, hoy vuestros ojos
sangre deben verter, no basta el llanto;
sangre que á la que vierten los despojos
del Dios-hombre se mezcle. ¿Cuál quebranto
al vuestro igualará? Ayer su acento
embebeció amoroso vuestro oído,
dulce más que la voz del sentimiento;
hoy ya, exhalando su mortal gemido,
por vez postrera repitiólo el viento.

II

¡Ay! La luz sin igual de su mirada
ayer os hizo presentir el cielo;
hoy, en sus mustios ojos apagada
la busca en vano vuestro triste anhelo.
Ayer visteis su brazo levantado
cual iris bienhechor de la esperanza;
hoy, rotos sus tendones, cruje helado,
mientras sangre del cárdeno costado
hace que brote la cobarde lanza.

III

Sobre un campo de muertos, el guerrero
de su infausto poder haciendo alarde,
sangriento agita el triunfador acero
y en ansia nueva de victorias arde;
su voz funesta cual la voz del trueno
el hombre escucha, y desciñendo el luto,
bate sus palmas de entusiasmo lleno,
y al que hierro mortal clavó en su seno
su capa arroja por marcial tributo.

IV

Y á Él que con voz de celestial ternura
en cada hombre nos legó un hermano;

á Él que aherrojó con su palabra pura
entre rotas cadenas al tirano;
que al que prueba el licor del sufrimiento
promete horas eternas de alegría,
que el agua ansiada concedió al sediento,
que reanimó al enfermo macilento,
que alzó á los muertos de la tumba fría;

V

Que la mujer, cual tierna compañera,
nos destina en la senda de la vida,
haciendo suba á superior esfera
su alma en el fango del placer caída...
¡A Él! la turba despiadada y loca
de aguda espina coronó la frente,
con torpe mano su mejilla toca,
lo insulta y befa de la cruz pendiente
y ofrece hiel á su abrasada boca!

VI

¡Mísera humanidad! De la amargura
en las tinieblas tu existencia yace,
y separas los ojos de la pura
luz que las sombras en vapor deshace!
Te sellará con marca maldecida
esa sangre purísima que brota

de las venas de Cristo; ¡vil Deicida!
En noche envuelta el mundo, cada gota
la recibe la tierra estremecida.

VII

Cual la luz del relámpago de Oriente
hasta Occidente el universo llena,
sobre la ciega redimida gente
su mirada postrer brilló serena.
Pidió al cielo el perdón en su agonía
de sus verdugos: su cabeza amada
doblóse inerte hacia la tierra fría,
donde su Madre, el alma traspasada,
inmóvil contemplándole yacía.

VIII

¡Pobre Madre! En el mundo su tormento
¿quién podrá comprender?... Enjutos, rojos
sus párpados se caen; ¡el sufrimiento
ha agotado la fuente de sus ojos!
¡Oh mujeres, que hiriendo vuestro oído
de madre el dulce nombre habéis soñado,
y el corazón de gozo estremecido
sentís atentas interior latido
del hijo aun sin nacer ya idolatrado!

IX

Que más tarde secáis con vuestra boca
las lágrimas primeras que derrama,
que el alma tierna de contento loca
luego sentís, cuando su labio os llama;
que al lanzarse en el mar de la existencia,
viéndoos en él, con orgulloso encanto,
os embarga el placer de su presencia,
y si á vosotras lo arrancó la ausencia
es eterno en sus horas vuestro llanto.

X

Ni aun á vosotras comprender es dado
del alma de su Madre la amargura:
¡fué su Dios el que el sueño regalado
durmió en sus brazos, de la infancia pura!
¡Su Hijo y su Dios el que lloró perdido!
¡Su Hijo y su Dios el que contempla ahora
cadáver, destrozado, escarnecido!...
Y su materno pecho conmovido
de sus verdugos el pecado llora.

XI

¡Sí, por ellos también!... De todos Madre,
sus culpas y dolores su alma oprimen,

su húmeda vista en la región del Padre
clava pidiendo compasión al crimen,
ahogándola el pesar, aplacadora
ofrece ser de las celestes sañas
que abrumen á la raza pecadora...
¡Ah! ¡por aquellos resignada implora
que hundieron el puñal en sus entrañas!

XII

Al suyo unid, mujeres, vuestro llanto:
con Ella alzad vuestra oración al cielo,
porque la ira del Cordero santo
truena irritado sobre el triste suelo.
La dulce voz del tierno Evangelista,
convertida en la voz de la venganza [1],
el día terrible á comprender alcanza
en que hecho el mundo miserable ariete
del pecador acabe la esperanza.

XIII

Nadie huirá de la cólera bendita.
¡Dichosas las que nunca concibieron,
las que en estéril soledad marchita
la casta flor de su hermosura vieron!

1 San Juan.

Sus hijos no oirán en aquel día
la leche maldecir que de los pechos
de sus madres brotó, ni en la sombría
mar los verán cadáveres deshechos
sin escuchar el ¡ay! de su agonía.

XIV

No habrá calor ni luz: caerán del cielo
á apagarse en las aguas las estrellas.
El hombre huirá su hogar, y en sus umbrales
sentarase la muerte sonriendo;
unos de otros con pavor huyendo,
rumor de carcajadas infernales
oirán, de sus lamentos al estruendo.

XI

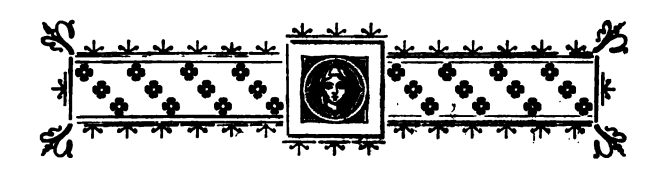
La vida odiando, ni en la muerte abrigo
podrá encontrar la raza del pecado;
todos dirán su crimen, y el castigo
de Dios caerá en la frente del culpado!
¡Rogad, rogad! los que en el alma pura
de humildad y fervor sentís la esencia.
De Adán la infortunada descendencia
va de la duda entre la sombra impura
arrastrando su mísera existencia.

XVI

Rogad, rogad, porque la aciaga hora
acaso cerca está de llanto eterno,
en que el hambre y la peste asoladora
cabalguen los caballos del infierno.
En que el amigo esconderá su mano,
en que el beso de amor el labio evite,
en que maldito el hombre, el soberano
día terrible de ira precipite
que esconde el tiempo en su insondable arcano.

Sevilla 18 de Abril de 1851.





Á JESÚS CRUCIFICADO

(IMITACIÓN DE SAN JUAN DE LA CRUZ)

¡Ay, salga triste llanto
de mis cansados ojos, y un gemido
emblema del quebranto
exhale el pecho herido,
que la vida Jesús por mí ha perdido!

—

Por mí, Cordero amado,
por mí, que en el pecado concebido
y amante del pecado,
ingrato y desleal heme huído.

—

¿Y cómo alzar los ojos
osaré á tu grandeza, si morados
miro tus labios rojos,

tus pies atravesados,
tus cabellos de espinas coronados?

—

Tu rostro como el lirio
cárdeno, ¡dulce bien! y tu mirada
que empaña cruel martirio
¡ay! por la muerte airada,
¡caro amor! mi Jesús yace apagada!

—

Llorad, vírgenes puras,
que esa sangre divina derramada
el llanto de amargura
á el alma enamorada
arranca de dolores desgarrada.

—

¡Llorad, los inocentes
que besáis de una madre el blando seno!
¡Lorad, viejos dolientes!
que henchido de veneno
su brazo armó el mortal contra el Dios bueno.

—

¡Y llora tú, alma mía,
que expiró de tu amor la primavera,
como la tarde fría
aja la rosa, fiera!
¡Cual la tórtola gime plañidera!

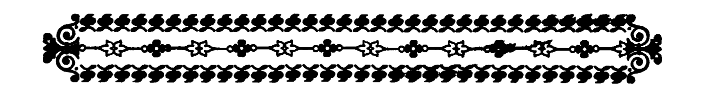
¡Jesús, bien adorado,
Jesús, tú mi esperanza y mi consuelo!
Tu pecho lacerado
me cure ¡ay Dios! que anhelo
ser alumbrado con la luz del cielo!

—

¡Ay! ¡dame la esperanza
de que podré en un tiempo ser tu amado!
¡Mayor placer no alcanza
mi pecho enamorado,
que verse en tu regazo recostado!

Cádiz, Abril 1846.





EL TOQUE DE ORACIONES

(MEDITACIÓN)

I

Halla su tumba el sol en Occidente,
tibia la luna, entre nocturno velo,
dora las nubes del obscuro cielo
con su modesta luz.
Y el religioso son de la campana
que el aire rompe, el pueblo reverente
oye, doblando con fervor la frente
ante la santa cruz.

II

Del templo del Señor las anchas puertas
paso dan á la turba silenciosa
que encamina su planta temblorosa
al bendecido altar.
Allí el que sufre, á su pesar, consuelo
halla, alentado por la fe sublime;

allí entre llanto el corazón que gime
eleva su rogar.

III

Quizás un angel del Señor, querido
guardián de las almas de este suelo,
lleva en sus alas de color de cielo
del hombre la oración.
Hasta el trono de Dios raudo se eleva,
del templo por las bóvedas cruzando
á su paso las lágrimas secando
que arranca la aflicción.

IV

El rústico arador que en la llanura
al tardo buey desunce del arado
cuando contempla el sol tras el collado
lentamente morir;
al escuchar el bronce allá en la torre
próxima de la ermita solitaria,
en la tierra postrado, su plegaria
hace al cielo subir.

V

Y la sencilla esposa rodeada
de su prole purísima, inocente,

ruega á la vez piadosa y reverente
por sus hijos á Dios.
La angelical plegaria del infante
tierna dirige con materno anhelo,
y á la región de celestial consuelo
van unidas las dos.

VI

El místico clamor de la campana
también penetra hasta el doliente lecho
del que á gozar no alcanzará mañana
de la aurora luz;
y los fúnebres ecos que parecen
del mundo su postrera despedida,
predicen á su espíritu otra vida
más allá el ataúd.

VII

¡El toque de oraciones! ¡Cómo el alma
inunda en celestial melancolía
esa vaga, imponente melodía
que llama á la oración;
cuando flotantes sombras por doquiera
se extienden como densos nubarrones
y un día ya dan fin las ilusiones
del pobre corazón!

VIII

¡Ah! ¿por qué ese sonido misterioso
que en otras almas el fervor excita,
al escucharlo con dolor agita
mi pecho á su pesar?
¿Por qué al orar, con desconsuelo,
expira la oración en el labio balbuciente?
¿Por qué pido á mis ojos llanto ardiente,
y no puedo llorar?..

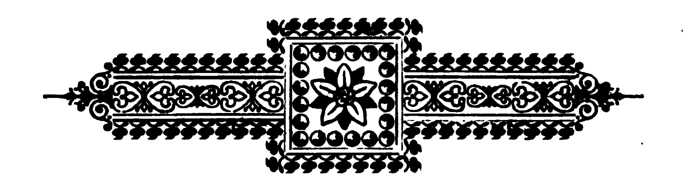
IX

Suene otra vez la tétrica campana,
¡ay, suene, sí! su funeral zumbido
deja el ánimo mísero sumido
en tristeza y dolor.
Pero no cual del mundo la alegría,
que estúpida le incita y desespera,
que la campana con su voz severa
el eco es en la región vacía
de la voz del Señor!

Sevilla 26 de Octubre de 1848.



POESIAS VARIAS



EN SIBERIA

Quaquam iater adversus
Salva virtutes fama.

(TÁCITO.)

I

Sólo contigo y con tu Madre Santa,
Señor y Jesús mío,
muevo al acaso la insegura planta
por el páramo frío.

—

Cárcel mortal entre nevados cerros
me dieron los tiranos,
porque osé quebrantar los viles hierros
que arrastran mis hermanos.

—

A tí, postrada la rodilla en tierra,
se alzó mi alma contrita,

y el grito dí de libertad y guerra
que espanta al moscovita.

—

Hozes y arados en el yunque ardiente
troqué en espada y lanza;
pero en olas de sangre nuevamente
se ahogó nuestra esperanza.

II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora
por tus campos desiertos
cruzar la muchedumbre vencedora
galopando entre muertos.

—

Mudo ya el bronce y del feral combate,
el vocerío inmenso,
aún se oye el trueno del fusil que abate
al mártir indefenso.

—

Al pie de los altares el pagano
á tus hijas agarra,
las azota con látigo inhumano
y sus lutos desgarra.

—

Arrodillado sobre escombros ora
el anciano doliente,

y preguntando por sus padres llora
el niño balbuciente.

—

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza
de mi destino impío,
no turben de mi alma la entereza,
¡no lo quieras, Dios mío!

—

Firme en tu fe y en el amor ardiente
de mi patria querida,
acabe entre estos hielos tristemente
la miserable vida.

—

Mas no su amigo el déspota me llame,
mi cuello unciendo al yugo;
apriételo más bien con cuerda infame
á mano del verdugo.

—

Y antes que manche del perjurio el yerro
mi lengua que te invoca,
dura tenaza de encendido hierro
la arranque de mi boca.

Madrid, 1855.

Impresa en el *Florilegio* de D. Juan Valera.



DESPEDIDA

***Divit autem Dominus ad te tu parces populum meum Israel*, etc.**
Lib. 2 ***Regnum*, cap. 5,** v. 2.

I

Nunca el incienso de mundana pompa
pùdo embriagar mi libre fantasía;
jamás al eco de guerrera trompa
unióse el eco de la lira mía.
Nunca al que en brazos del poder dormido
pide de vana admiración tributo
mi canto consagré desvanecido
por el aplauso, que interior gemido
ahogué, arrancado por interno luto.

II

Fijé mis ojos en la edad pasada,
quise en la historia descubrir su suerte,
y en sus brillantes páginas, manchada
la hallé con huellas de baldón y muerte!
Cuando entre nubes de mortal renombre,
quizás de fuerza superior ejemplo,
ví de la turba levantarse un hombre;
después escrito contemplé su nombre
con llanto y sangre en orgulloso templo.

III

¿Por qué si agora en el poder te veo,
canto, y mi voz tu dignidad pregona,
y respetuoso con afán deseo
una flor añadir á tu corona?
Mas ¿cómo no ofrecer esta mezquina
oblación de mi canto á quien el cielo
por su sagrada voluntad destina
á gobernar en la región del suelo
con la palabra del amor divina?

IV

Santo poder que la piedad ordena,
que trueca el desaliento en esperanza,
que del siervo quebranta la cadena
sofocando sus ansias de venganza.
Que al que en miseria y en pesar se agita,
enjugando las lágrimas que llora,
vuelve la paz del corazón bendita:
que á todos con clemencia protectora
siempre los golpes del dolor evita.

V

Que en vez de cetro ó de temida espada
báculo humilde á sus vasallos muestra;
que en vez de sangre ajena, derramada

se ve su sangre en la mortal palestra!
Tal lo miramos el funesto día,
cuando un pueblo rugiendo enloquecido
blandió de muerte la guadaña impía,
y del cañón el eco maldecido
el pacífico hogar estremecía.

VI

Santo Pastor, con maternal gemido,
acompañando su palabra pura,
paz gritando, penetra decidido
del humo espeso entre la noche obscura:
sobre escombro y cadáveres sin cuento
muestra la cruz cual fraternal bandera;
tiñe también su sangre el pavimento,
y va á mezclarse su oración postrera
del combatiente al postrimer lamento! [1]

VII

Gran dignidad que á la ambición ajena
del mando evita el deslumbrante yugo,
que resigna á la víctima á su pena,
embotando el puñal de su verdugo.
Que rompiendo sus lazos con la vida
consagra á todos con ardiente anhelo

1 **Alusión á la muerte de Mgr. Denis Auguste, Arzobispo de París, acaecida en Julio de 1848.**

su fe por el dolor robustecida,
para el alma que lucha descreída
la luz pidiendo y la piedad del cielo.

VIII

¡Ah, tú feliz que con misión tan santa
ves tu virtud y tu saber premiado!
Torpe mi voz se anuda en la garganta,
mas palpita mi seno entusiasmado.
Si fiel retrato la palabra mía
no puede ser de lo que el alma siente,
tú cuyo labio iluminó mi mente,
comprende cuán la inflaman este día
gozo sincero y gratitud ferviente!

IX

Si tu voz elocuente á otros lugares
el bálsamo á ofrecer va del consuelo;
si sagrado deber hoy de tus lares
quiere arrancarte á venturoso suelo,
un triste adiós mi seno conmovido
darte quisiera que á formar no acierto.
¡Ah! del Señor la bendición te pido
implores para mí, que voy perdido
del mar del mundo en el camino incierto.

Sevilla 14 de Octubre de 1851.

PARA EL CENTENARIO
DE CRISTÓBAL COLON

—

La noche antes...

De alguna estrella el pálido reflejo
que en las sombras resbala,
roba á la muda obscuridad apenas
incierta sombra humana.

—

Desde un balcón del santo monasterio
la vista en el mar clava,
y otra vez como al peso de una idea
la frente al suelo baja.

—

Pasa por ella la nerviosa mano,
cual si la nube aciaga
de negras dudas y de viles miedos
desechar intentara.

—

Mas no teme del viento y de las olas
á la implacable saña,
su doble furia el ánimo sereno
arrostrará mañana.

—

Sólo teme el abismo tenebroso
donde en hora menguada
pudiera dar el desengaño impío
sepulcro á su esperanza.

—

Por eso acaso, trémulas las manos
sobre el pecho cruzadas,
de la oración el místico murmullo
entre sus labios vaga.

—

Y convertida en ignoradas tierras
juzga entonces la celda solitaria,
porque su ruego acoge sonriente
la Virgen de la Rábida.

Madrid, Julio 1892.



EN EL ALBUM
DEL
ASILO DE SANTA CRISTINA

Su mano pálida y mustia
tiende á nosotros el pobre,
algo de lo que nos sobre
pidiéndonos con angustia.

Y al socorrer cada día
su desamparo y su pena,
¿quién no siente el alma llena
de silenciosa alegría?
De gozar tal emoción,
que nuestro sér ennoblece,
esta casa nos ofrece
hoy la feliz ocasión.
Que aquí cristiana piedad
acoge consoladora
la vejez abrumadora,
la solitaria orfandad,
y aun el tormento mayor
de quien vigoroso y sano
demanda trabajo en vano
con reprimido furor.
Venid, pues, los que por suerte
ignoráis el cruel afán
del que sin techo y sin pan
pide descanso á la muerte.
A remediar tanto duelo
venid, ¡y habréis conseguido
el amor del desvalido
y la bendición del cielo!



EN UN ALBUM

María, cuando pises del Báltico la orilla,
si vuelves hacia España tus ojos con temor,
las horas recordando, perdidas para siempre,
en que el paterno beso tn frente acarició;

—

Si turba tu mirada de lágrimas un velo
y acaso murmurando tu labio una oración,
tan sólo en esta tierra donde osciló tu cuna
la losa de un sepulcro descubre tu dolor;

—

Recuerda que aquí mismo con pura simpatía
alguna mano amiga tus manos estrechó;
y de tu triste padre guardando la memoria
la de tu patria ausente recuerda con amor.

Madrid, 1881.



EN LA TARJETA POSTAL

DE LA FIESTA DE CARIDAD DE CÁDIZ

De las azules ondas surgió en lejanos días,
brindando su hermosura fugaces alegrías
la diosa del amor.

De las azules ondas hoy surge otra belleza,
que en gozo inunda el alma, brindando su pureza
consuelos al dolor.
Si de las griegas costas, las verdes arboledas
conservan aún el eco de las canciones ledas
de ardiente juventud,
La roca gaditana conservará en sus senos
los ayes del que sufre, de bendiciones llenos
y tierna gratitud.

Cádiz, 1906.

✤ ✤ ✤

EN EL ALBUM

DE S. A. R. LA

SRMA. INFANTA D.ª PAZ DE BORBÓN

con motivo de su enlace.

Pronto la mar y la encumbrada sierra
te apartarán, señora,
de esta que juzgo venturosa tierra
al poseerte ahora.

—

Quiera Dios que en la patria que te brindan
deber y amor unidos
á tu virtud los ánimos se rindan
como aquí están rendidos.

—

A embellecer el extranjero suelo
te lleva la fortuna;
no te olvides en él del puro cielo
que cobijó tu cuna.

✤ ✤ ✤

EN UN ALBUM

Como la diosa del amor nacida
del mar azul entre la blanca espuma
envuelta en manto de aromosas flores
sobre las ondas se adormece Cuba;

—

Allí á la luz de transparente cielo
la palma alegre sombreó tu cuna,
y hoy reflejan sus ramas tristemente
charcos de sangre que el incendio alumbra.

—

¡Ay! cuando ahora ruborosa inclines
tu frente, del amor á la coyunda,
y al recibir la bendición sagrada
dicha implores llorando de ternura;

—

Pide también á Dios que pronto aleje
de ingratos pechos la ambición ilusa,
y llore en brazos de su madre España
el dulce llanto del consuelo, Cuba.

Madrid.

EN UNA TARJETA POSTAL

Á SEVILLA

Como entre las densas nubes
que el sol moribundo baña,
imagina el navegante
ver la costa abandonada,
verte imagino, Sevilla,
¡siempre hermosa, siempre amada!
á la luz de los recuerdos
en la noche de mi alma.

Madrid, Agostò 1902.

✤ ✤ ✤

EN UN ABANICO

Al pie de los montes, besando sus flores
hoy gimen las olas,
acaso mañana, sus cimas asalten
rugiendo espumosas.
Así las corrientes del mar de la vida
alteran las horas;
¡Dios quiera que nunca sus fieras borrascas
tú, Cármen, conozcas!

San Sebastián, Septiembre 1883.

EN UN ALBUM

—

Á DELFINA, Á MARÍA, Á JOSEFINA...

Cuando en tu boca rosada
clavando tu madre un beso,
de tus párpados el peso
roba todo á tu mirada.

—

Y calla todo ruído
y doblas tu blanca frente
y una sonrisa inocente
vaga en tu rostro dormido.

—

¿No te parece escuchar
voz tan dulce, tan suave,
que no hay en los cielos ave,
que la consiga imitar?

—

¿No crees ver un jardín lleno
de flores, pájaros, fuentes?
¿Unas alitas no sientes
rozar blandas con tu seno?

—

Ángela, Andrés, Agustina,
son ángeles que del cielo

cuanto sucede en el suelo
ven con sonrisa divina!

—

Aunque lejos te parecen,
á tu lado siempre atentos,
si eres buena, están contentos
y cuando no se entristecen.

—

Tú que con pena y amor
les viste á los cielos ir,
¡hazlos siempre sonreir!
¡nunca les causes dolor!



SONETO

—

Muerto está el corazón: ¡ni aun el suspiro
exhala del dolor! Mustio, cansado,
enmudece el laúd, desesperado
fastidio y soledad do quiera miro.
No con sueños poéticos deliro;
no suspira mi pecho enamorado,
¡quisiera descansar! sí, que abrumado
me siento por el aire que respiro.

Ya no puedo cantar, ¡adiós, mi lira!
tú que de mis ensueños y dolores
el eco fuiste, queda abandonada!
Si pronto el plazo de mi sér expira,
tus vibraciones de pesar y amores
repite en torno de mi tumba helada.

Sevilla, Mayo 1849.

✤ ✤ ✤

EN LA MUERTE DE LINCOLN

No sobre el campo del honor caído
ni de banderas bélicas cubierto,
dejó á ese cuerpo ensangrentado y yerto
su espíritu inmortal nunca rendido.
Del lauro ya del vencedor ceñido
la ambición y el rencor en vil concierto,
con golpe aleve le postraron muerto,
la desgracia infamando del vencido.
Mas la mano del bárbaro homicida,
nuevo triunfo á los triunfos eslabona
con que ilustró su generosa vida.
¡Que llora el mundo su fatal partida,
y brilla más que la imperial corona
la noble sangre de su frente herida!

Impresa en el *Florilegio* de D. Juan Valera.

AL AÑO 1855

—

SONETO

Atrás te deja el tiempo en su carrera,
del olvido á la tumba te avecinas,
y cargado de muerte y de ruinas
la misteriosa eternidad te espera.

—

Un año nuevo con sonrisa fiera
alza la frente cuando tú la inclinas,
y cual tú de esperanzas peregrinas
fecundiza del hombre la quimera.

—

¡Un año más en el que sangre y llanto
verterá persiguiendo á la ventura!
¡Un año más que pasará muy pronto!

—

Y en el que yo que filosofo tanto
es posible que siga en la locura
de estar enamorado como un tonto.

31 Diciembre.



Á UNA SEÑORA

AL RECIBIR UNA PINTURA DE SU MANO
QUE REPRESENTA EL SEPULCRO DE VIRGILIO

Magia fué de tu voz, bella Condesa,
que imaginase respirar mi pecho
las armoniosas auras que acarician
los pinos de Sorrento.

Magia fué de tu voz; de ella pendiente
vi, de la luna al pálido reflejo,
bajo el puente fatal *de los suspiros*
remar al gondolero.

Un hombre vi por solitarias plazas
triste vagando, y murmuraba el eco:
*¡no, no hay dolor cual recordar la dicha
en miserable tiempo!*

Desgarrando el sudario de los siglos,
de hervida lava la prisión rompiendo,
crucé desiertas y olvidadas calles,
vi palacios y templos.

Del Circo vi la ensangrentada arena,
los perfumados baños, y los juegos
y alegres danzas en que Amor ceñía
las rosas de Lieo.

Hoy no es la magia de tu voz: tu mano
lleva mi alma, por encanto nuevo,
á contemplar, devoto peregrino,
de Posílipo el cerro.

Allí, en la tumba del gentil poeta,
de su canto renace en mí el recuerdo,
y con él, de ilusiones que volaron,
purísimo reflejo!

¿Cómo así logra reanimar la magia
de tu mano y tu voz lo que ya ha muerto?
Mas ¿qué no lograrás, bella Condesa,
con tu gracia y tu ingenio?



AL SR. D. ALBERTO LISTA

> **Lo que puedo te doy, y lo que he dado**
> **con recibillo tú, yo me enrriquezco.**
>
> **GARCILASO, *Égloga* 3.ª**

Vuela del Betis á la hermosa orilla
mustio dejando el suelo gaditano,
vuela, rasgando la cortante quilla
la dilatada espalda de Occeano:
Y al contemplar las cristalinas fuentes
que la ribera bética amenizan,

mira pasar las rápidas corrientes
que en la arenosa playa se deslizan.
Torna los ojos, las verás bramando
en el profundo piélago lanzarse,
y con el fiero Noto reluchando
en los muros de Gades estrellarse.
Gades, sí, Gades, la ciudad hermosa
que hoy afligida tu partida siente,
y entristecida con la faz llorosa
sólo un recuerdo implora de tu mente:
Dulce recuerdo que alegrando el alma,
blandamente halagüeño nos sonría,
y que devuelva la perdida calma
á la ardiente, alterada fantasía.
Que no te olvidan, no, los que amoroso
les mostrastes la senda del saber,
y de la ciencia el faro luminoso
Atla billante les hiciste ver.
En imitarte cifran su ventura,
y tan sólo pretenden alcanzar
que algún destello de tu antorcha pura
venga un día sus mentes á alumbrar.
De ellos te acuerda cuando vida nueva
des con tu ciencia al mísero mortal,
mientras el alma su cantar eleva
del Creador á la esfera celestial,

Y ruega ansiosa que tu vida amada
se digne largamente conservar,
en tanto que la fama entusiasmada
se prepara tu nombre á eternizar.

9 de Mayo de 1844.

✤ ✤ ✤

EN LA MUERTE

DE LA CÉLEBRE ARTISTA

DOÑA JOSEFA VALERO

Antes que oculte la funesta losa
ese caro cadáver, un momento
permitid que á su vista dolorosa
dígale adiós, mi amargo sentimiento.
Sí; como yo también todos de llanto
sentís el noble corazón henchido;
á todos de su acento hirió el encanto
¡ay! todos para siempre la han perdido.

. . . .

¿A quién encierra ese ataúd estrecho?
¡Ya no es ella! ¡sus ojos sin mirada!
¡del muerto corazón tumba es su pecho!
¡yerta la voz en su garganta helada!

¡Y hace poco vibrando seductora
arrastraba las almas; y esplendente
há poco vimos en felice hora
la luz del genio en su modesta frente!
¡Ya todo se acabó! sordo su oido
está de los aplausos al arrullo;
¡ni aun del rezo sentir puede perdido
entre fúnebres ecos el murmullo!
¡Ya todo se acabó! Joven y hermosa
la asió la muerte en sus fatales brazos,
cual madre tierna, como casta esposa,
aquí dejó del corazón pedazos.
También dejaba como artista un mundo,
sueños en él abandonó de gloria;
él hoy la llora con dolor profundo,
él levanta un laurel á su memoria.
Y á este tributo, á la oración, al llanto
¡inmóvil yace en espantable calma!
¡Ay! ¿dónde fué del sentimiento santo
el noble fuego? ¡A la región del alma!
Sí; yo escucho una voz que nos lo grita:
no todo acaba aquí, ya en la presencia
de Dios, grande su espíritu se agita,
y el misterio alcanzó de la existencia.
Con desdén compasivo ya del suelo
verá las glorias y el renombre vano...

si ángel nos mira desde el alto cielo,
á ella se eleve el corazón cristiano.

Sevilla 12 de Marzo de 1851.

✤ ✤ ✤

Á LA MUERTE
DEL POETA AROLAS

Requiescat in pace. Amén.

Cruza velado por flotantes nubes
el astro de la noche su carrera,
y trémula en un mármol reverbera
su misteriosa luz;
un sepulcro es reciente; aun removida
no da la tierra funerarias flores,
sólo alumbran los pálidos fulgores
una bendita cruz:

Símbolo de dolor y de esperanza
ella declara que en descanso inerte
allí reposa un sér, y por su suerte
demanda una oración;
el que, hincando en el polvo la rodilla,
por ella implora con piedad ferviente,

de pura gratitud un eco siente
herir su corazón.

Remeda el mar los cantos funerales
estrellando sus olas en la piedra,
salpicando tal vez la obscura yedra
que reviste el ciprés;
el cimbrando su fúnebre penacho
por cima los sepulcros entreabiertos,
de la ciudad ahuyenta de los muertos
los mundanales pies.

¿Qué se encierra debajo aquesa losa?
un cuerpo que abrigaba un alma inquieta,
él era un genio ayer, era un poeta;
¡hoy es polvo no más!
Un rayo vió de inspiración divina
el hombre relucir sobre su frente,
sobre ella el gusano hoy lentamente
su cuerpo arrastrará.

¡Y está sólo el sepulcro! acaso un ave
hasta él conduce su volar perdido,
lo saluda al pasar con un gemido
y sigue con ardor;
del dudoso crepúsculo las brisas
lo acarician también con blando arrullo

mientra el Turia en su lánguido murmullo
le prueba su dolor.

Mas ni una voz del funerario hueco
contesta, ni demanda ni un tributo;
aterrador silencio aumenta el luto
de tan triste lugar!
Ni una señal que indique al pensamiento
cuál será de su espíritu la suerte.
¡Qué de la llama fué, que ni á la muerte
le es dado sofocar?

¡Silencio! ¡en el misterio de las tumbas
la eternidad esconde su destino!
húndete pensamiento en el mezquino
lugar de corrupción.
Tus atrevidas alas impotentes
al alzarse aumentaron tu caída,
confúndete, ya está desvanecida
tu orgullosa ilusión.

Quiera un descanso á su afanosa vida
haber piadoso concedido el cielo,
y trocado sus horas de desvelo
en horas de quietud!
Su alma arrebatada del delirio,
su corazón prensado de tristeza...

¡Cuánto posar ansiara su cabeza
sobre el negro ataúd!

En él está la paz; allí cerrado
al mundano rumor duerme el oído;
no se siente el fastidio maldecido
que acompaña al placer;
no hay lágrimas ni risas, no; la mente
claro su porvenir á ver alcanza,
no flota entre la duda y la esperanza
condenada á creer.

¡Ah, no lloréis por él! nada ha perdido!
fué un arpa; con sus dulces vibraciones
arrobó de placer mil corazones...
el arpa se rompió:
mas al saltar sus cuerdas, respetoso
el aire, embebecido en su armonía,
las notas de su vaga melodía
en sus alas guardó!

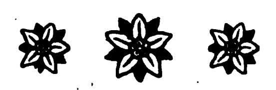
Recogedlas, guardad csas canciones
ecos tal vez del corazón doliente,
tal vez hermosos sueños del Oriente,
que nos hablan de amor;
del corcel galopando entre la arena,
de la sangrienta lanza del guerrero,

del amoroso canto lastimero
del viejo trovador.

¡Guardadlas sin llorar! ¿qué le esperaba?
¿más laureles ceñir á su cabeza?
su sombra que hermosea, da tristeza,
sus hojas muerte dan.
Deslumbra con su brillo una corona.
¡Bella mentira que adornando mata!
Su tronco envenenó la turba ingrata
con envidioso afán.

¡Duerme, Arolas en paz, duerme y perdona
al que atrevido en tu sepulcro canta!
ahogar la voz quisiera en mi garganta
que el mármol profanó.
Porque el labio mundano callar debe
en el alcázar de las tumbas santo;
mas no altera tu paz mi débil canto...
¡ya el viento lo llevó!

Sevilla, Enero de 1850.



EL CANTO DEL LABRADOR

I

Ya suena la campana del cortijo
llamando á descansar; en los rastrojos
canta la alondra, entre celajes rojos
su luz oculta el sol.
Cesa el trabajo, hacia el caliente establo
camina el buey con paso perezoso,
mientra el ganado agrúpase medroso
en torno del pastor.

II

Vamos á descansar; pero el silencio
sublime que el crepúsculo derrama,
la oración interrumpa que reclama
la Madre de Jesús.
Sí; descubierta la sudosa frente,
las rodillas en tierra, nuestro acento
suba á ella, que el pobre pensamiento
bañará con su luz.

III

Ella, Madre amorosa, nuestros pasos
irá guiando por la angosta senda,

hasta el umbral donde la dulce prenda
de nuestro casto amor
esperará anhelante que lleguemos
de nuestros hijos con afán cercada:
ya la frugal comida preparada
del hogar al calor.

IV

Es el moreno pan á nuestra boca
rico manjar porque el Señor lo envía;
de los niños la cándida alegría
nos llena de placer.
Y las caricias de la tierna esposa
que nuevo sér de nuestro sér recibe...
goces que el hombre que en el mundo vive
no puede comprender.

V

Consérvame, Señor, mi humilde lecho
donde encuentran mis miembros el reposo,
donde recibo el beso pudoroso
que bendijiste tú.
Donde en los brazos de tranquilo sueño
serena se adormece el alma mía,
hasta que llama á mi ventana el día
con su rosada luz.

LA CASA DEL CAMPILLO [1]

Fatale exitium corde durato feram
Donec fortunam criminis pudeat sui.

FEDRO.

. . . .
. . . .

Hora tras hora, que el dolor alarga,
miro pasar bajo mi angosto techo,
treguas pidiendo á mi fortuna amarga.

¡Sin pan las prendas de mi amante pecho!
¡Del hambre por la sorda mordedura
yo vencido también á mi despecho!

1 Tal es el título de una poesía inédita de la que forman parte estos versos que hoy se publican. La vista de la miserable casa que habitó el príncipe de nuestros ingenios en Valladolid, movió al autor á escribirla, aunque por pecado de pereza ó por otros estorbos más fuertes que su voluntad no pudo terminarla; pero sí pudo, por fortuna, hacer algo que valiera más que sus versos. Era á la sazón gobernador de la provincia de Valladolid, y consiguió del Ayuntamiento de esta ciudad, con ocasión de presidir una de sus sesiones, que tomase el acuerdo de señalar la casa de Cervantes con una lápida, cuya leyenda dijese á todos que dentro de aquellas mezquinas paredes había vivido el autor del *Quijote*. Algunos meses después hubo de realizarse esta idea, siendo colocada la lápida con la debida solemnidad.

En vano en el papel fijo insegura
mi mano por el frío entumecida;
que más la mente que la noche, obscura,

ni una chispa, del cielo bendecida,
produce que liberte al pensamiento
de la angustiosa cárcel de mi vida.

En infecunda postración lo siento,
por ásperas verdades amarrado,
agriar con la memoria mi tormento.

Ella el tiempo revive en que alentado
á toda noble empresa, juzgué loco
que dicha y glorias me guardaba el hado.

Por ella el día perdurable toco,
cuando á salvar á Europa apercibida,
inflama España de la guerra el foco:

El humo de la pólvora encendida
robaba al aire su lugar; sus olas
bañó en sangre la mar, enmudecida

de respeto á las armas españolas,
y allí, con sangre de mi noble herida
yo esmalté sus triunfantes banderolas...

También la hora de zozobra llena,
renueva, en que pensaba en mortal hierro
convertir del cautivo la cadena;

Muy más atento que á romper mi encierro,
á clavar por mi rey la cruz divina
de la africana costa sobre el cerro.

El torpe miedo y la traición mezquina
truecan en aire y bárbaro castigo
la ilusión de mi hazaña peregrina;

Y yo la vida rescatar consigo
porque el hacha apartó de mi cabeza
secreto amor que morirá conmigo...

¡Ay! ¿Cuál el premio fué de la nobleza
conque una y otra vez busqué la muerte,
de mi patria y mi fe por la grandeza?

¡Grosero olvido y menosprecio advierte
siempre y doquier mi espíritu cansado,
á quien se afana por rendir la suerte!

Mas no será: si el lauro codiciado
á mi valor se niega, no abatido
la frente doblaré, sí resignado.

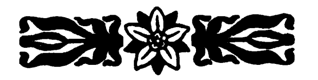
. . . .
. . . .

Ya de la aurora el rayo apetecido
al cielo vuelve su color, é inflama
con nueva vida al mundo adormecido.

Como su hermosa y apacible llama,
de las tinieblas vencedora, vierte
luz y alegría en cuanto vive y ama,

rompiendo así las sombras de la muerte,
quizá en un tiempo la memoria mía
vengará los agravios de la suerte...

¡Si ya se acerca el suspirado día,
de mis lloradas culpas el delirio
quiera Dios perdonar en mi agonía
y pagar con su amor tanto martirio!



EL ROMANCERO

DE LA

GUERRA DE ÁFRICA

—

ROMANCE XV

BOMBARDEA LA ESCUADRA LOS PUERTOS DE LA RÍA

Tarde y perezosamente
rasga las sombras espesas
de la noche el turbio sol,
que el soplo de Enero hiela;
mas de la africana costa
entre lo obscuro clarean
ya los peñascosos cerros
que esclavas las olas besan.
Entre impaciente y dudoso,
el alma en los ojos puesta,
el marinero español
los descubre entre la niebla.
Al verlos redobla inquieto
su entusiasmo en la faena;
y cuando el fulgor del alba
pudoroso luce apenas,

ya bañándose en espuma
la volteadora paleta,
ya horadando el agua el hélice,
ya henchida la blanca vela,
á combatir aprestada,
el mar que surca hermosea
la noble escuadra española,
que á todo trapo navega.

¡Qué gozo brilla en los ojos,
qué afán el ánimo alienta
del marino, ya en sus manos
viendo encendida la mecha!
Por santa envidia mil veces
combatida su alma inquieta,
vencer y morir con gloria
vió á sus hermanos en tierra.

¡Qué bien del noble Bustillos
hoy la voz se lo recuerda!
«¡Allí las huestes del moro
segaron sus bayonetas!
¡Allí vertieron su sangre
por la Patria y por la Reina!
¡Que por la Reina y la Patria
hoy se derrame la nuestra!»

Sacude el viento las jarcias,
la ola el costado golpea,
se escapa el vapor rugiendo,
cruge la nave, y se mezclan
al pito y á la bocina
voces que el viento se lleva,
formando un rumor confuso,
imponente, que se eleva
ya como oración grandiosa,
ya como clamor de guerra.

En la boca de la ría,
de la línea á la cabeza,
la capitana del fuerte
á los huecos bronces reta.
En vano llama al combate;
el preñado cañón truena
sobre la oscilante tabla,
lanza el estrago, y deshecha
la nube de humo, impasibles,
mostrando entre las almenas
apagados los cañones,
á los fuertes se contempla.
Como gigantes cadáveres
yacen en la orilla; prueba
nuestra gente una vez... otra

á despertarlos... ¡Empresa
inútil! á nuestras balas
ninguna bala contesta.

Quien del ansiado combate
ve la esperanza deshecha,
«¿por qué no tiene valor?»
dice, abatida la diestra.
«¿Sólo con la mar y el viento
mi lucha ha de ser eterna?
Si Dios lo quiere, si así
sólo en holocausto acepta
nuestras vidas por España,
¡oh! ¡que de nuevo por ella
arroje el agua insepultos
nuestros cuerpos á la arena!»

Y así diciendo, á las lanchas
la gente se arroja, rema,
corta el bote de la ría
la virgen corriente; llegan
al fuerte, escalan el muro,
en su recinto penetran,
y en vez de ronca amenaza,
en vez de triste querella
suplicante, sólo hiere

su sentido la voz hueca
del eco, que temeroso
zumba en las cuadras desiertas.
La soledad y el espanto
allí cual señores reinan,
borrando del fugitivo
las mal estampadas huellas;
y en las mudas baterías
desplegada al aire ondea
sobre el africano muro
del español la bandera.

¿Por qué alegre vocerío
del Norte á la parte suena?
¿Quién de la playa á las rocas
con planta impaciente trepa?
Ya los rápidos transportes,
ya la escampavía ligera,
una y otra vez remolcan
cargadas lanchas á tierra;
y al pisarlas los que vienen,
á España la vista vuelta,
con una triste sonrisa
la saludan y se alejan.

Tal vez al paso que el aire
la marcial música llena,

va un sofocado suspiro
volando á la orilla opuesta;
tal vez la mano que pronto
rayo será en la pelea,
entre airada y temblorosa
húmedos ojos restriega;
tal vez de una voz querida
el viento imita la queja;
tal vez al paso se oponen
fantasmas calenturientas:
el tierno niño llorando,
que las rodillas aprieta
del padre; la casta esposa
que sin respirar le alienta;
la madre que por vez última
bendice al hijo y le besa;
la amante virgen que á solas
con lágrimas por él reza.

Pero al descubrir al lejos
en los picos de la sierra
de las mal enjutas armas
el brillo, al mirar de cerca
los atezados semblantes,
que largas barbas sombrean,
y los honrosos girones

del poncho, que mal recelan
de la bala y la gumía
las ensangrentadas huellas,
el bravo general Ríos
clama á los suyos: «¡Que sean
para ellos estos recuerdos
que nuestros almas penetran,
aliento que los anime,
oración que los defienda!
¡Sús! como á ellos, soldados,
pensemos que nos esperan
aquí el deber y la honra:
¡Allá por nosotros ruegan!
¡Sús! ¡Al combate!—*¡Al combate!*
Estremecida la sierra
repite, y los batallones
marchan alegres con nueva
sangre á ennoblecer el suelo
que bajo las plantas tiembla.

Ocupados ya los fuertes,
se oyen rechinar las cuerdas
y dan crujidos las cabrias
que á los morteros sustentan.

El temido tren de sitio
baja formidable á tierra

y en formas mil la victoria
y la muerte en él se encierran.
Ya los salvadores puentes
todo recelo desechan
de que estorbar nuestro paso
ningún obstáculo puedan.
Ya del hendido cañón
la angulosa boca muestra
hambre de despedazar
las enemigas trincheras.
Ya el serpenteante cohete,
parece que ansioso espera
la chispa para volar,
dispersando la agarena
masa de negros jinetes,
como huracán hojas secas.

—

¡Ah, Tetuán infelice!
que verás pronto contempla
amenazantes reductos
brotar en tu verde vega;
cual trailla de lebreles,
que al cohibido tigre cerca,
irán cercando tus muros
hasta abrazarse á tus piedras.
Pronto de inflamados globos

serán tus mezquitas presa,
montón de escombros tus casas,
y tu laguna sangrienta!
¡Ah, Tetuán infelice!
No opongas loca defensa
contra la mano de Dios
que tus errores condena.
Luz de verdad para el alma,
condición que te ennoblezca,
los que enemigos juzgaste
hoy, pobre ciudad, te llevan.
¿Por qué, por quién de tus hijos
hoy tantos muerden la tierra?...
No tiene patria el esclavo;
no adora en Dios quien la afrenta.

✤ ✤ ✤

Á UNA FUENTE

I

Resbalando entre arenales
¡pobre fuente!
vas, y tus puros cristales
nunca riza suavemente

aura dulce embalsamada
con la aroma de las flores,
que tu orilla abandonada
no sonríe matizada
con sus vívidos colores.

II

Mustia yerba sólo crece
también triste.
Sobre ti el llorón se mece
y de sombra el margen viste,
y la tórtola quejosa
acompaña tu murmullo
con su cántiga llorosa,
á algún ave más dichosa
alejando con su arrullo.

III

¡Ah! ¡Sin flores y sin aves
que su pluma
sumerjan en los suaves
blancos copos de tu espuma!
¡Oh fuente, siempre has de estar
en este desierto sola!

¿Por qué llegaste á brotar?
para ir al Piélago á hallar
un sepulcro en cada ola?

IV

Pero no, cuando cansado
el caminante,
arrástrase fatigado,
tardo el paso y vacilante;
cuando oprimido su seno,
el calor, ronco maldice,
si ve tu raudal sereno,
¡de cuánta delicia lleno
su corazón te bendice!

V

El árido labio aplica
á tu corriente,
su seco ardor dulcifica
y respira libremente;
en tu orilla recostado
su frente tostada moja,
y en tu frescura embriagado
su cuerpo débil, postrado,
en brazos del sueño arroja.

VI

¡Cuán benéfica es tu vida
silenciosa!
Fuente entre arenas perdida,
tan humilde como hermosa.
¡Cómo el claro azul del cielo
refleja tu linfa pura!
¡Cómo resbalas obscura
dulce raudal de consuelo
escondido en la llanura!

VII

¡Cuán dichosas emociones
á mi alma,
que contristan las pasiones,
dan tu amor, tristeza y calma!
Deja en tu orilla me siente,
y de recuerdos fatales
abrumado tristemente,
con una lágrima aumente
tus purísimos raudales.

Sevilla, 6 Enero 1851.



ALCALÁ DE GUADAIRA

I

El sol no lanza sus rayos
que cenicienta lo cubre
espesa niebla, que el viento
hace en bellones se agrupe.
Rozando en la seca arena
las veloces ruedas crujen
y la campiña y los bosques
de mi vista ansiosa huyen.
Tal vez las blancas paredes
de una casa se descubren
que en la arboleda internada
los ramajes la confunden.
De la tosca chimenea
el humo hasta el cielo sube,
que al remontarse en la atmósfera
del aura el soplo desune.
¡Aventurado recinto!
¡Cuán feliz el que se oculte
en él, evitando el mundo
que la existencia consume!

Allí no verá temblando
quedar el crimen impune,
ni la inocencia ultrajada
llorar su perdido lustre.
Allí no verá al mendigo
que sucios harapos cubren,
pedir pan en su miseria
sin encontrar quien le escuche.
Allí verá cuando el sol
va derramando sus luces,
de su Dios la omnipotencia
que doquiera se descubre.
Horas de dicha le esperan,
sin que jamás la perturben
desengaños ni ilusiones
que el corazón de hiel nutren.
Verá las flores abrirse
que aroma grato difunden,
mientras los tallos movidos
por los céfiros ondulen.
Y cuando canoras aves
se remontan á las nubes
esparciendo suaves trinos
por los espacios azules,
él su canto alzará á Dios,
escuchando sólo, dulce,

el balido de la oveja
que á sus cantares se une.
Mas en la alzada colina
la antigua Alcalá descubre
los macizos murallones
de su castillo; al empuje
de los destructores siglos
resistieron, y aún hoy lucen
sus torres de árabe almena
que asombro al ánimo infunden.
Del cerro en la verde cresta
altivo se ostenta, y ruje
el viento en el hueco espacio
de sus aposentos fúnebres.
Sólo en la cima del monte
á sus pies sonoros bullen
los cristales del Guadaira
que mil molinos circuyen,
sembrados en la pendiente,
pintándose en las azules
aguas del río, que sereno
surcado de rosas fluye.

—

II

El castillo. Al mirar sus torreones
por la mano del tiempo ennegrecidos,
al contemplar sus gruesos murallones
á trechos en el polvo confundidos:
Sus anchos patios al mirar desiertos
por do cruza algún ave solitaria,
al ver sus calabozos descubiertos
pavorosos cual losa funeraria.
Allí labrados en la tierra obscura
donde acaso el cristiano entre cadenas
las horas arrastró de su clausura,
¡horas de luto y de esperanza llenas!
Al ver sus escaleras carcomidas
que agora huella mi profana planta,
sus bóvedas, do se oyen repetidas
las dulces notas del pastor que canta:
Desnudo contemplar del centinela
el cubo defensor de la muralla
de do acechaba en cautelosa vela
al valiente enemigo en la batalla:
Los arabescos al mirar gentiles
con el húmedo musgo entrelazados
por la baba tal vez de los reptiles

sus brillantes colores empañados.
Y el torreón aislado, do la mora
saludó con su canto la mañana,
su cabeza asomando encantadora
por el hueco alfeizar de la ventana:
Verlo roto, de cuervos la manida
que hallan su nido entre la tosca piedra
por la mano del tiempo revestida
con verdes ramos de rastrera yedra.
Extraña conmoción el alma siente
tanto estrago al mirar, tanta ruína,
tanto recuerdo del poder luciente
que á otro tiempo de gloria me avecina.
Ver me figuro acaso de la luna
á la lumbre fantástica y serena
en su alquicel envuelto á la moruna
al soldado apoyándose en la almena.
Brilla su lanza por la luz herida
y se agita con trémulos reflejos,
cuando observa con faz descolorida
los cristianos que avanzan á lo lejos.
Los bravos adalides castellanos
cabalgando sus potros andaluces,
el duro hierro en las nervudas manos,
ciñendo el pecho las triunfantes cruces;
Latiendo sus guerreros corazones

bajo la malla que su seno abruma,
sujetan el furor de sus bridones
que mojan el pretal de blanca espuma.
Grita el soldado con cobarde anhelo
¡al arma! retumbando en el castillo
su grito aterrador, y caen al suelo,
las pesadas cadenas del rastrillo;
Paso presta á los árabes guerreros
que llenos de coraje y valentía
pueblan con gritos de venganza fieros
las mudas sombras de la noche fría.
De la yegua el ijar hiere la espuela
y el jinete observando al enemigo,
hacia la muerte ó la victoria vuela
invocando al Profeta por testigo.
Y se encuentran. Los ecos de la sierra
repiten el clamer de la batalla...
tal vez en medio de estruendosa guerra
todo en silencio pavoroso calla:
Sólo se escucha el golpe repetido
del acero que embota la armadura;
ó el acento de muerte dolorido
del que encuentra entre flores sepultura.
El caballo cadáveres hollando,
fuego arrojando su nariz relincha,
bufa herido y feroz carbeteando

salta en pedazos la apretada cincha:
Y el mísero jinete derribado,
moribundo, recuerda tristemente
á la madre, á la esposa, al adorado
hijo, que deja en orfandad doliente!
Quizás elevan su oración al cielo
mientras la muerte arrebatarle mira,
pero muere feliz, tendrán consuelo
¡que por su Dios y por su patria expira!...
Sigue el combate destructor en tanto,
mas al brillar el sol, nuncio de gloria,
huye el moro vencido con espanto,
coronando al cristiano la victoria.

III

¡Ah! Pronto la fantasía
cae de su vuelo perdido,
y sólo ve
del tiempo la furia impía,
tristes restos que atrevido
huella el pie.
Esqueleto gigantesco
de pujante fortaleza
que cayó,

¿por qué al mirarte enloquezco
recordando tu grandeza
que pasó?
¿Por qué mis ilusos ojos
piensan con locas ficciones
ir hallando
en tus míseros despojos
hermosuras, campeones
batallando?
¡Si miran después ruínas
silenciosas é imponente
soledad,
si sus creaciones divinas
destruye la indiferente
realidad!
¡Ah! También quizás un día
las edades venideras
podrán ver
convertirse en nada fría
las moradas altaneras
del poder.
¡Alcázares relumbrantes
en el polvo sepultados
se verán!
Huye lejos de mi vista
recinto de la amargura

y desconsuelo;
que tu aspecto me contrista
y quiero entre la espesura
hallar consuelo.
Aquí donde clara fuente
por los chopos resguardada
del calor,
va regando dulcemente
con música regalada
á la flor.
Aquí donde se respira
de los nardos el aroma
y del clavel,
dó la tórtola suspira
y por las ramas se asoma
del laurel.
Donde el jazmín y la rosa
crecen al par del tomillo
y del cantueso;
donde la adelfa olorosa
encorva el junco amarillo
con su peso.
¡Cuán grata melancolía
pacífica inunda el alma
recordando
las horas en que veía

ir su vida en pura calma
deslizando.
Horas en que el casto beso
de una madre consolaba
su aflicción,
ó las que en amante exceso
en el mundo hallar pensaba
un corazón.

IV

¡Riberas del Guadaira, sombrosas alamedas
de fresnos y de sauces que el agua circundáis,
que de las blandas auras que os acarician ledas
las alas bullidoras graciosas perfumáis!
Dejadme que penetre bajo el obscuro techo
que vuestros ramos forman en caprichosa unión,
y no extrañéis que acaso solloze el triste pecho,
que al ver vuestra hermosura se oprime el cora-
[zón.
Yo miro en vuestras calles obscuras y sombrías
recinto sacrosanto de espiritual amor,
donde pasar dos almas los azarosos días
en éxtasis amante ajenos al dolor.

Por eso cuando os miro, el alma comprimida
suspira, y aun anhela en su aflicción llorar;
mas ¡ay! que del fastidio la ráfaga encendida
la fuente de su lloro se complació en secar.
Y sólo halla descanso, si acaso delirante,
ensueños va forjando de celestial placer,
si como leve sombra recuerda tierna amante
la imágen seductora de celestial mujer.
Mas ¡ah! ¿Por qué estos sueños mi loca fantasía
se forja delirante y tras el alma va,
si luego ha de matarle la realidad sombría
y tierra en su camino tan sólo habrá de hallar?
¡Dejadme devaneos! ¡Que el alma fatigada
por descansar suspira; dejadla, por piedad!
Que harto mi existencia vejeta ya gastada
por hechiceros sueños que ahuyenta la verdad.
Recuerdos gloriosos de hazañas belicosas
que enardecéis aun hora mi mente juvenil,
imágenes falaces de dichas amorosas
que sin gozar un punto desvanecidas ví.
¡Dejadme y para siempre! Cual ignorada yerba
que solitaria crece én inferaz peñón,
así mi vida pase sin demostrar la acerba
angustia que me roba la paz del corazón.

Alcalá de Guadaira, 1845.



EN LA ÚLTIMA PÁGINA DEL BORRADOR DE UN DRAMA

—

SONETO AL PÚBLICO

Por el precio de un palco, una butaca,
ó un asiento de humilde galería;
la veste del pudor la musa mía
rasga y al aire sus encantos saca.

Insolente ramera hoy ya destaca
su voz entre tu vana gritería;
¡ella que cantos de dolor gemía
sin cuidar de tus *bravos* la alharaca!

¡Ay, virgen fué! mas hora en su locura
solicitando impúdica tu halago
ese engendro te da que triste aborta.

Yo al escribirlo no pensé en tu altura;
sílbalo sin piedad, poco me importa.
Será á su torpe vanidad buen pago.

Madrid, Junio 1853.

✤ ✤ ✤

QUEJAS DE UNA FLOR

—

LA MOSQUETA

—

(Á MI QUERIDO AMIGO JOSÉ SELGAS)

I

Un poeta á los flores
cantar solía;
una sola entre tantas
ingrato olvida,
y la flor esa
su voz robando al aura
dijo al poeta:

II

«Cantor de mis hermanas,
»tú desdeñaste
»de mis lánguidas hojas
»el triste mate.
»Nunca Dios quiera
»que lo que sufro sufras!
»¡pobre mosqueta!

III

»¡Ay! del nardo y la rosa
»me negó el cielo
»el olor generoso
»que embriaga el céfiro;
»que él siente apenas
»mi delicioso aroma,
»¡pobre mosqueta!...

IV

»No del clavel el rojo
»color me anima,
»no del jazmín las puras
»cándidas tintas;
»que de mi tallo
»brotan casi marchitos
»pétalos pálidos.

V

»Mi cáliz entre espinas
»muriendo nace,
»mustio el alba lo mira
»seco la tarde!
»Justo es conozca

»¡ay, por qué me desechas
»de tu corona!...»

VI

Así la flor decía,
y al par que hablaba
sus hojas una á una
llevaba el aura;
yo ví en el polvo,
como una ilusión muerta
su tallo roto.

VII

¡Ay, cantor de las flores
no me desdeñes!
á quien buscó tu canto
y halló su muerte,
que también bella
es aunque mustia y pálida
¡pobre mosqueta!

VIII

Bella es también la niña
de rostro pálido
que suspira al recuerdo

del bien pasado;
y congojosa
sobre el pecho oprimido
la frente dobla.

X

Cántala, pues, poeta;
quizá tu canto
á algunos ojos secos
moje con llanto.
¿Tal vez no ansías
que al corazón arranquen
tus flores lágrimas?

27 de Abril de 1853.

✤ ✤ ✤

FESTIVA

A...

Dice un refrán castellano
antiquísimo, «gordura
dame y te daré hemosura».
Luego es llano
que hoy el cielo, bella Elisa,

más te quiere embellecer,
y pienso hacértelo ver
aunque te excite la risa.

—

Bello es el manso arroyuelo
que salpicando las flores,
pinta en su cristal, del cielo
los colores.
Pero, ¿más no es el torrente
que por la lluvia engrosado
va agitando su corriente?

—

Bello es el tierno capullo
á quien el aura ligera
mece con lánguido arrullo
placentera.
¿Pero, mas no es la *ancha* rosa
reina de las otras flores,
que dobla la rama hermosa
que le brinda sus verdores?

—

También en la noche umbría
por Dios es bella en el cielo
alguna estrella que envía
luz al suelo.
¿Pero la redonda luna

quién dirá que no es más bella?
¿Hay acaso estrella alguna
que brille cual brilla ella.

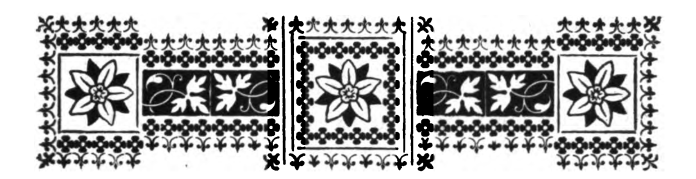
—

Tan cierto es el castellano
refrán que dice: «gordura
dame y te daré hermosura!...»
Mas de mano
doy con mis versos, Elisa,
pues con la sospecha lidio
de que te causan fastidio
en vez de causarte risa.

Sevilla, 1848.



POESIAS AMOROSAS



EL LIBRO DEL AMOR

—

A . . .

SONETO

Como la sombra al cuerpo, el sentimiento
á perseguir me inclina tu hermosura,
mas si dicen mis ojos mi ternura
casto respeto sofocó mi acento.

Con tu imágen querida, en su aislamiento
forja el alma quimeras de ventura;
Nunca esa dicha alcanzarás — murmura
la despiadada voz del pensamiento.

Amarga pena al escucharla abrigo,
y entonce el corazón, como un tesoro
acoge ese dolor, y te bendigo.

¡Y sin nada esperar, ciego te adoro!

¡Ay, si á mi seno del dolor amigo
volver pudiera al desterrado lloro!

Madrid, Febrero 1854.

✿ ✿ ✿

Á CRISTINA

—

EN UN ALBUM

I

¿Por qué no tengo yo para estas hojas
de ilusión y ventura blancas flores?
¿Por qué sus cuerdas desmayadas, flojas,
el arpa enmudeció de los amores?

¿Qué importa que orgulloso alce mi frente
latiendo el corazón lleno de vida,
si viejo ya para el placer se siente
su virgínea ilusión desvanecida?

¡Oh, cuán temprano, lastimado el seno,
postróse el alma en desigual pelea!
¡Cuánto de angustia y de fastidio lleno,
sólo descanso el corazón desea!

Así, ¿cómo podré, mujer divina,
ensalzar tu virtud y tu hermosura?
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina,
son cantos de dolor y desventura!

Donde quiera que brindo la mirada,
busco la dicha y la desgracia siento;
el eco de mi lira destemplada
es el ¡ay! funeral del sufrimiento.

Del desamado corazón el duelo,
el llanto del que gime en la agonía;
del pensamiento, al remontar su vuelo,
la duda canto desolada y fría.

Nunca mis ojos en la mar serena
fijé, mirando en paz su poderío;
sí los clavé cuando furiosa truena
reluchando en el áspero bajío.

Nunca del sol en la inmortal carrera
vibró en mis manos la cansada lira,
mas rasgando el relámpago la esfera
con su sangrienta claridad me inspira.

Veo indiferente los capullos rojos
que mece de las brisas el aliento,

y arrancan una lágrima á mis ojos
las secas hojas que arrebata el viento.

Doquier busco pasión, doquier ansío
apagar esta sed de sentimiento,
encuentro en el placer hielo y hastío:
mi corazón nació para el tormento.

¿Así, ¿cómo podré, mujer divina,
ensalzar tu virtud y tu hermosura?
¡Ah, no escuches mis cantos, no, Cristina:
son cantos de dolor y desventura!

II

¿Cómo pintar de tus ojos
la tierna melancolía,
tu boca que causaría
envidia al rojo coral?
¿Los rizos de tus cabellos
como el ébano luciente,
ni de tu pálida frente
la inocencia virginal?

¿Cómo pintar de tu alma
el infantil sentimiento
que expresa tu blando acento

con indecible candor?
¿Ni de tu dulce mirada
el apacible consuelo,
ni de ese rostro de cielo
el angelical rubor?

¡Ay, niña! Si aún no has sentido
latir inquieto tu seno,
si un campo de flores lleno
en la vida puedes ver;
goza tus sueños de virgen
embriagada en tu ventura,
no vayan tu ilusión pura
mis cantos á deshacer.

Que es hermoso en la existencia
resbalar, dichas soñando,
cuando va un ángel guiando
nuestros pasos hacia Dios.
¡Cuán feliz es quien la muerte
halla en tan dulce camino,
y hasta el alcázar divino
unidos vuelan los dos!

. . . .

Mas no; compasiva suerte
á tí tan hermosa y pura,

un porvenir de ventura
te brinda en grata ilusión;
acaso serás dichosa,
sin que broten con enojos
una lágrima tus ojos,
un suspiro el corazón.

¡Ay, plegue al cielo! Mi ruego
quizá á su región no llega,
porque dislocada y ciega
el alma en su frenesí
lo olvidó; mas si propicio
mis votos está escuchando,
ellos suben demandando
felicidad para ti!

Rosas el pensil te brinde,
aroma grato el ambiente,
líquidas perlas la fuente
la vida entera, placer!
Y si alguna vez asoma
á tus párpados el llanto,
la compasión del quebranto
te lo arranque de otro sér.

Sevilla, 1849.



CANCION

—

A.....

Más que mujer me pareces
ángel mecido entre nubes,
niña hermosa, de rubios cabellos
de ojos azules.

Cuando tus puros encantos
mi ansiosa vista descubre,
imagino que aspira mi seno
celeste perfume.

Mas tal reflejo de dicha
muere triste, apenas luce,
como el pálido rayo de Vénus
las sombras confunde.

Que tus ojos y cabellos
de efímeras horas dulces,
los dolientes espectros reaniman
que tristes acuden

al corazón, y en mi labio
vaga un nombre que interrumpe

el deber, y sofoca la llama
que el alma consume.

. . . .

No coronen tus cabellos
nunca del dolor las nubes,
ni con lágrimas miren mis ojos
tus ojos azules!

Madrid, 1854.

✤ ✤ ✤

EN UN BAILE

¿Por qué extrañar que evite de la danza
la alegre confusión?
Entre tantos que buscan su pareja
la busco en vano yo!
¿Por qué extrañar que vague indiferente,
mi vista en derredor?
¡Ay! Mil ojos se fijan en mis ojos,
pero los *suyos* no!
¿Por qué extrañar que ante el bullicio aislado
enmudezca mi voz?
¿Acaso late, cuando late el mío,
siquiera un corazón?

Madrid, 1857.

AL DESPERTAR

Theu, wuidon let day in and
let life ont.

SHAKSPEARE, *Romeo y Julieta.*

I

Dulcc brisa aspira el pecho,
tibia luz mi estancia dora,
y de nubes sobre un lecho
se ve á lo lejos la aurora
amorosa sonreir.
La besa el sol, la enrojece,
y ella, su azul vestidura
pudorosa desvanece...
sus lágrimas de ternura
miro en las flores lucir!

II

Roba el aura á las acacias
y á las lilas sus olores;
del sauce á las ramas lacias
los morados aclamores
sus ramas miro enlazar.

El agua quejas suaves
forma en las piedras quebrada,
y ébrias de gozo las aves
hacen la fresca enramada
de armonía palpitar.

III

¿Por qué de tanta hermosura
huyo triste y desdeñoso?
¿Por qué de la noche obscura
llamo al hijo misterioso
que mi lecho abandonó?
Entre sus negros cabellos
llevó al partir un gemido,
al herir con sus destellos
la luz mi rostro dormido
de mi seno lo arrancó.

IV

¿Sabes por qué, amada mía,
en vano á la sombra llamo?
¡Yo en mis sueños te veía
y en voz muy baja: *te amo*,
murmurar, loco, te oí!
¿Comprendes que con tristeza

mire la naciente aurora?
¡Cómo sentir su belleza
si tú, del alma señora,
estás tan lejos de mí!

Aranjuez, Abril de 1855.

♣ ♣ ♣

TU NOMBRE

I

Cuando al poniente sol en la ribera
sentado miro las corrientes aguas,
al murmullo del onda placentera
tu nombre pienso oir!

Cuando agitadas por el manso viento
susurran de los árboles las ramas,
pienso que escucho misterioso acento
tu nombre repetir.

II

Una voz melancólica lo exhala
que el aire apenas rápida conmueve
más ténue que el rumor que forma el ala
del pájaro al volar:

No lo siente el oído, pero suena
cual eco de dolor dentro del alma,
que por alivio á su pesar y pena
anhela suspirar!

III

Si cuando yace en el descanso el hombre
inspiración demando á las tinieblas,
las brisas de la noche traen tu nombre
por darme inspiración.

Más pronto nuestro amor y desventura
hacen callar la lira del poeta,
y lágrimas derrama de amargura
mi herido corazón!

IV

En el templo también, bajo las naves
que la oración armónica repiten,
mezclado al eco de los cantos graves
lo escucha mi dolor.

Cual virginal plegaria que se eleva
de tu alma castísima, inocente,
y que el incienso entre sus nubes lleva
al trono del Señor!

V

Dondequiera tu nombre, ¡triste amante!
ya desvanece mi mortal hastío,
ya me hace acaso blasfemar impío
con ciego frenesí!

O ya dulce disipa mis enojos
consolador trayendo á mi memoria
una lágrima pura de tus ojos
derramada por mí!

Sevilla, 1849.

✤ ✤ ✤

RECUERDO

No brillaba la luna; sacudidas
por el viento las hojas se quejaban,
chispas de luz vertían las estrellas
en las trémulas aguas.

Á su inseguro resplandor veía
rodar por *sus* mejillas una lágrima,
y temblorosa, entre sus manos yertas.
mis manos estrechaba!

Mas de repente de sus negros ojos
el vivo rayo penetró en mi alma,
y soltando mi mano, de las mías
separó sus miradas!

Su altiva frente levantó serena;
en sus labios vagó sonrisa amarga...
y pálidos los dos y silenciosos
cruzamos la enramada!

✤ ✤ ✤

DIME

Dime: ¿cuál melancólico lucero,
brillando sólo al despuntar el alba,
vierte una luz como la luz suave
de tu mirada?

Dime: ¿qué clara gota de rocío,
pudo igualar sobre azucena blanca,
á una gota de llanto resbalando
por tu mejilla pálida?

Dime: ¿habrá una sonrisa que prometa
de virtud y ventura la esperanza,

que consiga imitar el dulce encanto
de tu sonrisa casta?

Dime: ¿habrá una mujer que cual tú inspire
amor tan puro, adoración tan santa?
Dime: ¿habrá sierpe que tan negra tenga
como tú el alma?

Madrid, 1859.

✤ ✤ ✤

AL GUADALQUIVIR

—

SONETO

Quizás mis ojos por la vez prostrera
clavo, Guadalquivir, en tu corriente,
la luna contemplando tristemente
que en tus aguas sus rayos reverbera.

Lleve mis pasos do la suerte quiera,
tu imágen siempre al corazón presente;
los años ¡ay! renovará la mente
que sentí resbalar en tu ribera!

Amargue las espumas de tu orilla
esta lágrima. ¡Adiós! hondo gemido
el pecho exhala, que de ti me alejo!

Cuando beses los muros de Sevilla,
murmura con dolor que nunca olvido
que allí del alma la esperanza dejo.

Puente de Andújar, 6 de Enero de 1852.

✤ ✤ ✤

ACUÉRDATE DE MÍ

I

La noche está sombria;
la calle está desierta;
al estrechar la mía
tu mano siento yerta
llamándome hacia ti.
¡Adiós!—En tu ventana
su luz el alba vierte:
cuando, al nacer mañana,
su rayo te despierte,
¡acuérdate de mí!

II

No más con alegría
te oiré decir: *¡te amo!*

No más á la voz mía,
cual pájaro al reclamo,
vendrás... ¡ya te perdí!
Si al descender la sombra
tu pecho da latidos,
y piensas que te nombra
la brisa en sus gemidos,
¡acuérdate de mí!

III

¡Por siempre adiós! Me aleja
mi despiadada suerte:
no exhalo ni una queja...
¡y no volveré á verte!...
¡mi alma queda aquí!
Si acaso en tu aislamiento
tu seno se estremece,
y amargo sentimiento
tus ojos humedece,
¡acuérdate de mí!!



A.....

J'avais quitte la proie pour l'ombre.

Gerard de Nerval. — ***Petits chateaux de Boheme.***

«¡Como yo has de llorar!» tú me decias,
anegados en lágrimas tus ojos:
«¡Como yo has de llorar! y tal vez *ella*
»se burle de tu lloro!»

«Por escuchar palabras cual las tuyas,
»que forman el dogal con que me ahogo,
»acaso pronto tu tenaz orgullo
»se arrastre por el polvo!»

«¡Niéguete el cielo hasta el crüel remedio
»del duro desengaño que devoro!
»¡Permita Dios que tus angustias pague
»silencio desdeñoso!»

Yo, cual de piedra, helado te escuchaba,
de tu mirada separando el rostro:
Sentí apenas que, al irte, murmuraste
«¡Adiós!» en un sollozo.

¡Ah, si me vieses hoy!... ¡También lloraras;
pero fuera de lástima tu lloro!
¡Ah, si me vieses hoy!... ¡Quizá tu labio
dijera «te perdono!»

✤ ✤ ✤

ENSUEÑO

No sé decir por qué... ¡Ya tanto hacía
que no pensaba en ti, sino despierto!...
No sé decir por qué, la última noche
te vi entre sueños!

Tan hermosa á mis ojos como siempre;
tan pura y dulce como en otro tiempo;
pero estabas tan pálida, tan triste,
que al recordarlo tiemblo!

Todo un mundo de amor y de pesares
nuestras mutuas miradas se dijeron;
mas ni siquiera nuestros nombres, nada
murmuró el eco!

Inmóviles los dos y silenciosos,
apoyada la mano sobre el seno
sonreimos... ¡Yo estaba al despertarme
en lágrimas deshecho!

¿POR QUÉ?

Dime: ¿por qué cuando de mí te alejas
te sigue el alma mía,
y con el eco de tu adiós me dejas
consuelo y alegría?

Dime: ¿por qué si á las estrellas miro
que son tus ojos creo?
¿Por qué en el aire escucho tu suspiro,
y en las sombras te veo?

Dime: ¿por qué mi solitaria estancia
tu imagen embellece,
cual perfuma del lirio la fragancia
el aire en que se mece?

¿Por qué de tu sonrisa y de tu acento
el recuerdo querido
vuelve á agitar con puro sentimiento
mi corazón dormido?

¿Por qué apaga memorias de horas muertas,
de enojos y de llanto?
Dime, amor mío, si á decirlo aciertas,
¿por qué te quiero tanto?

DESPIERTA

Despierta, amada mía: la mañana
hasta tu lecho tímida penetra
y te llama con trémulos gorjeos
el ave prisionera.

Aura feliz acarició tu frente,
besa tu boca y perfumada vuela,
y la naciente luz alegre brilla
en tus hermosas trenzas.

Aura, pájaro y luz por ver suspiran
tus bellos ojos, tu sonrisa tierna,
y en tu dormido corazón murmura
mi amor, «¡bendita seas!»

✤ ✤ ✤

SERENATA

I

La luna adorna el cielo
con transparente velo,
y brillan las estrellas

cual lágrimas de amor.
¿Reposas ya dormida,
encanto de mi vida,
ó en tus miradas bellas
reflejan su fulgor?

II

Si aún sientes su rayo
y, en lánguido desmayo,
tu seno da un suspiro,
acuérdate de mí;
y díganles tus ojos
tus dichas, tus enojos:
que yo también las miro
pensando sólo en ti.

III

Mas si tranquilamente
se dobla ya tu frente,
y no turba tu calma
ni el más leve rumor,
¿seré tan venturoso
que, en sueño misterioso,
me veas con tu alma,
me hables de tu amor?



VIGILIA

> **El querer que puse en ti**
> **tan firme y tan verdadero,**
> **si lo hubiera puesto en Dios**
> **ya hubiera ganado el cielo.**
>
> ***(Canción popular).***

¿Por qué cuando activa fiebre
mi frente abatida quema,
dejo mi lecho, y sentada
la angustia á su cabecera?

¿Por qué solo y lentamente
cruzo las calles desiertas
cuando, del sueño en los brazos,
todos aduermen sus penas?

¿Por qué cuando el sol brillante
los corazones alegra,
veo pálidos sus rayos,
y siento su lumbre yerta?

¿Por qué miro indiferente
la más preciada belleza?
¿Por qué el acento más dulce
en mi alma no penetra?

¿Por qué tiemblo si la mía
con *su* mirada se encuentra?
¿Por qué, cuando no, parece
que el corazón me atraviesan?

¿Por qué á solas, en mi estancia,
mis ojos creyendo verla,
frases llorando le dicen
que el labio á decir no acierta?

¿Por qué si por *ella* sufro,
por qué si muero por *ella*,
sólo para bendecirla
sabe nombrarla mi lengua?

✤ ✤ ✤

DESVARÍO

Verte imagina el alma enamorada
por el sueño vencida, tu cabello
inundando la cándida almohada:

La paz, señora de tu rostro bello:
bajo el celoso párpado, escondido,
de tu mirada el mágico destello:

Blandamente tu pecho conmovido,
y en la sonrisa de tu pura boca
expirando suavísimo gemido.

Y al verte, el alma se imagina loca
que se acerca á tu casta cabecera
y trémula de amor, tu frente toca.

«Duerme, te dice, de mi edad primera
»renovada ilusión: duerme ¡bien mío!
»¡quién darte dicha como amor pudiera!»



RECUERDO

I

Triste es, muy triste, con incierta planta
encaminarse hacia el sepulcro helado
que guarda un sér querido;
y allí, animando su memoria santa,
llorar á solas por el bien perdido!

II

Pero es más triste en la escondida huesa
del corazón clavar honda mirada

y ver, con sangre impresa,
la cifra de una imagen adorada,
de los estragos del olvido ilesa!

III

¡Ay! que el dolor que al recordarte siento,
ángel puro, ¡jamás sienta tu alma!
¡Al cielo, en mi tormento,
pido que aparte, por tu bien y calma,
mi imagen de tu casto pensamiento!

✤ ✤ ✤

EL AMANECER

Fresco suave acarició mi frente,
inunda el aire claridad dudosa,
que con reflejos pálidos disipa
lentamente las sombras.

Su casta luz las tímidas estrellas
van ocultando al sonreir la aurora,
como vela su púdica mirada
la virgen ruborosa.

Una brilla no más, una: parece
lágrima tierna que la noche llora
cuando, cogiendo su enlutado manto,
los cielos abandona.

¿Que me dice su luz? ¿Por qué despierta
penetrando en mi sér santas memorias,
que de pena y rubor á un tiempo oprimen
el alma temerosa?

¿Por qué imagino su argentado rayo
ver chispeando en las azules ondas
que enrojecen allá en el horizonte
los besos de la aurora?

¿Por qué imagino que su luz suave
miro brillar en vacilantes gotas
que, como llanto de placer, salpican
las flores aromosas?

¡Ay, no! Ya no, tras reposado sueño,
nuevo vigor de mi existencia brota
cuando en los brazos del amante día
la tierra se abandona!

Brillando, triste, en las desiertas calles
su naciente fulgor contemplo ahora,

mientras camina al olvidado lecho
mi planta perezosa.

Flores no ven mis fatigados ojos,
no percibo las aves armoniosas,
que, inmóviles, los altos edificios,
hasta el cielo me roban!

Y el alma esclava del cansado cuerpo,
viendo delante soledad odiosa,
arrastra el peso del mortal disgusto
de las pasadas horas!

¡Ay! ¿dónde está la luz que de esta noche
logre benigna disipar las sombras?
¿Dónde la voz á cuyo puro acento
mi corazón responda?

¿Cuándo será que á interrumpir mi sueño
venga el rayo primero de la aurora,
¡ignorada mitad del alma mía!
un beso de tu boca?



A MI MUJER

¿Dónde estás? ¿Cómo eres tú?
Ceñida de trenzas rubias
¿inclina tu blanca frente
melancólica ternura?

¿Ó quizá son tus cabellos,
tan negros como la angustia
que siento lejos de ti,
llamándote en quejas mudas?

¿Como los cielos azules,
tus ojos la calma anuncian,
ó del color de los celos
pasión inquieta y profunda?

Sólo sé que eres hermosa;
pero con una hermosura
tan santa que los deseos
su limpieza no deslustran.

Sólo sé que tu mirada
rayo será de luz pura
que en albas de paz convierta
noches de agravios y dudas.

Sé que al oirte, de hinojos
caerá mi soberbia dura,
y en ti, castigo y consuelo
el alma verá confusa:

Sé que tu sonrisa hará
brotar la casta ternura
que para ti sola, sola,
en mi corazón se oculta:

Sé que viviendo en mi alma
y viviendo yo en la tuya,
sabrás hacer, amor mío,
de nuestras dos almas una:

Sé también que sin *los dos*
para *los dos* no hay ventura:
¡y te busco tanto, tanto!
¿por qué no te encuentro nunca!



LA FLOR SECA

Adorno de la túnica del prado
fueron ayer tus azuladas hojas,
te mecieron los besos de las auras,
lloró en tu cáliz de placer la aurora!

Rayo fecundo de la luz del cielo
acarició tu púdica corola
y, al süave calor estremecida,
bañó tu seno generoso aroma.

¡Hoy en ligera tumba sepultadas
yacen secas y pálidas tus hojas!
¿Por qué del tallo te arrancó una mano
cruel contigo, para mí piadosa?

¡Cruel! ¡Ah, no! Si me guardó en *su* seno,
si mi olor aspiró *su* dulce boca,
si *ella* misma formó mi sepultura,
¿qué flor ha sido como yo dichosa?

✤ ✤ ✤

TRADUCCIÓN IMPROVISADA

DE UNA POESÍA DE MR. ALFRED DE MUSSET, AL

YOUNG-FRAU [1]

Young-Frau, el caminante que en tu invisible
la planta vencedora pudiera detener, [frente,
latir con noble orgullo su corazón valiente
sintiera estremecido de celestial placer.
Que semejante al águila que, desdeñando al sue-
agita el ala rápida, tus cimas al tocar, [lo,
desde tu eterna nieve bajo el azul del cielo
su alma en los espacios pudiera resbalar.

—

Un corazón, Young-Frau, mi corazón ha herido,
que como tú se oculta ¡sois vírgenes los dos!
Como tú de una ropa sin mancha revestido
que más que tú, del cielo, está cerca de Dios.
¿Qué mucho, pues, que calle mi amante pesadum-
sin procurar consuelo á su angustioso mal? [bre
¡De la región que habita en la sagrada cumbre,
no pueden señalarse las huellas de un mortal!

Madrid, 1854.

1 *La Doncella* nombre que se da á una montaña de los Alpes, cuya cima es inaccesible.

CANCIÓN

No more no more ¡oh never more on me
the freshness of the heart can fall...

BIRON.—D. JUAN.—CANTO I.

I

Pálida niña de garzos ojos,
si mi mirada se fija en ti,
¿por qué la tuya revela enojos?
¿temes, preciada flor entre abrojos,
que yo te adore con frenesí?
Que con amante queja importuna
quiera enfadoso tu paz turbar;
que, maldiciendo de mi fortuna,
á la suave luz de la luna
bajo tus rejas llegue á cantar?

II

¡Ay, niña hermosa! ¡Pluguiera al cielo
que, aun desdeñando tú mi clamor,
el amoroso perdido anhelo
por ti sintiera, con su desvelo,
sus esperanzas y su temor!

Que con la copa de la amargura
mi helado seno pudiese arder;
que suspirando por tu hermosura,
lograse el llanto de la ternura
mi seco párpado humedecer!

III

¡Delirio vano! ¿lozanas flores
cómo entre arenas podrán brotar?
¡Árbol desnudo de tus verdores
nunca en tus ramas los ruiseñores
verás, temblando de amor, cantar!
¡Triste del alma que en hora aciaga
de locas dudas probó la hiel!
de la esperanza la luz apaga;
la dicha, en vano, buscando vaga,
¡tumba consigo le dió cruel!

IV

¡Oh! nada temas. Aunque pudiera
nuevos dolores y afán sentir,
aunque en tus ojos ¡dulce quimera!
casta esperanza de amor leyera
que haría mi muerto pecho latir.
Siempre pendiente de tu mirada
su osado anhelo sabría callar

mi alma indigna de ser amada:
hasta la tuya de un Dios morada
nunca atrevida podrá volar.

Madrid, Mayo, 1853.

✤ ✤ ✤

A .....

Si al contemplar de vuestra ebúrnea frente
ese casto rubor que me enamora,
la voz expira de temor, señora,
en el trémulo labio balbuciente;

Si cuando el aire que os circunda siente,
estremecido, el seno que os adora,
gime en secreto y en secreto llora
¡llanto que abrasa el corazón doliente!

Si muriendo, en estéril agonía,
mi paz, mi dicha, del amor despojos,
en el silencio ahogo mi martirio;

¡Oh! Dadme por piedad, señora mía,
una mirada, y os dirán mis ojos
de mi pasión el celestial delirio!

Sevilla, 1845.

SONETO

¿Te acuerdas, di, cuando al tocar mi mano,
radiante tu mirada, estremecido
tu seno de placer, daba un gemido,
verme temiendo de tu amor lejano?

¿Te acuerdas que en combate sobrehumano,
por tu pena mi amor enaltecido,
en mis brazos llorando, tu encendido
labio los míos abrasaba en vano?

Ciñó tu frente de virtud la palma,
mas ¿qué fué nuestro amor? Inerte, fría,
hoy te contempla, aunque te admire, el alma.

Ayer besos y lágrimas había,
hoy desamor, indiferencia, calma.
¡Quién ni en sus propios sentimientos fía!

1851.



Á UN GUARDAPELO

¡Oh, tú tocaste su virgíneo pecho!
¡Tú coronaste su cabeza un día!...
¡Comprimiendo latidos de agonía
á mi apenado corazón te estrecho!

Trocada viendo en funerario helecho
la blanca flor de la esperanza mía,
¡recuerdo de mis horas de alegría
cuál te idolatro en lágrimas deshecho!

Casto beso te imprima el labio ardiente
y en ti beba las gotas de *su* llanto,
bálsamo celestial á mi amargura.

¡Queda divino don siempre pendiente
de mi pecho, morada del quebranto,
de un amor infelice sepultura!

Madrid, 1852.



SONETO

Conmigo estás, aunque sin ti me veo;
aunque lejos de ti, por ti respiro;
pienso que el ámbar de tu aliento aspiro
y oir tu voz enamorada creo.

Ver tu alma imagina mi deseo
en tu dulce mirada, en que me miro;
y ofrece á mi pasión, blando suspiro,
tu corazón hermoso por trofeo.

Y de tu mano la opresión querida
juzgo sentir, en mi feliz locura,
y te bendice el alma agradecida.

¡Cuánta fuera á tu lado mi ventura,
si pueden tanto embellecer mi vida
recuerdos de tu amor y tu hermosura!



CANTARES

I

Yo soy uno, tú eres una:
una y uno que son dos;
dos que debieron ser uno;
pero no lo quiso Dios.

II

Yo no sé por qué la luna
aquel día me recuerda,
en que me dijiste «adios»,
con la cara de una muerta.

III

La mano que me apretaste,
siempre y en toda ocasión,
sin saber lo que me hago
me la llevo al corazón.

IV

No me digas que te olvide,
que me lo dices llorando:
toma tú misma el consejo
y podrás venir á darlo.

V

¡Ay! cuando el pito sonó
me arrancaron las entrañas:
cuando te perdi de vista
me quedé como sin alma.

VI

En la pila de la fuente
caen golpeando las gotas:
¡qué callandito que caen
las que la cara me mojan!

VII

¡Siempre estoy lejos de ti!
¡Sabe Dios cómo estarás!
Sé que vives, amor mío,
porque yo vivo no más.

VIII

No tengas miedo ninguno
que á veces, por tu respeto,
los ojos me arrancaría
porque dicen que te quiero.

IX

Dicen algunos que el tiempo
acaba con el amor:
dime tú, los que eso dicen,
¿nos conocen á los dos?

XI

¡Ay! ¡quién, serrana, tuviera
por almohada tu pecho,
para saber lo que pasa
en tu corazón durmiendo.

XII

Si pienso que no me quieres
me da una cosa en el alma,
que si me viera mi madre
de seguro que lloraba.

XIII

¿Qué será que no me importa
lo que ninguna me dice,
y tú con sólo mirarme
me pones alegre ó triste?

XIV

Yo no sé lo que sentía
cuando te vi llorar tanto,
sólo te puedo decir
que lloro yo al recordarlo.

XV

Cuando te dejo en tu puerta
entramos juntos los dos;
di si te vienes conmigo
cuando yo te digo *adiós.*

XVI

Los celos que me da el tiempo
que he vivido sin quererte
tú también debes sentirlos
si es verdad que tú me quieres.

XVII

¡Vaya un hoyito, morena,
que Dios te puso en la cara,
al primer paso que dió
en él se enterró mi alma!

SONETO

Fácil, ligero lazo el amor mío
creyó formar en su ilusión querida,
que hiciera de dos vidas una vida,
uniendo con el tuyo mi albedrío.

Hoy, deshecho tan dulce desvarío,
de tus gustos juzgándome homicida,
¡que es su lazo cadena aborrecida
teme mi amor con desaliento frío!

Si es verdad, no perdone tu ternura
á quien, libre y feliz queriendo hacerte,
esclaviza tu alma y tu hermosura.

Aunque todo lo pierdo con perderte,
en ello cifraré yo mi ventura
si así consigo venturosa verte.



SONETO

¿Por qué, menguado corazón, suspende
opresión dolorosa tu latido?
¿Por qué moja mi párpado abatido
lágrima torpe que mi orgullo ofende?

¡Mal la nobleza de tu sér entiende
quien dos veces, esclavo envilecido,
el alma que de Dios ha recibido
de una mirada engañadora prende!

Acabe ¡y para siempre! el ansia fiera,
por la que presa fuiste en otros días
de inciertas dichas y pesares vanos;

Que si aún capaz de conmoverte fuera,
del pecho, á quien infame afrentarías,
sabré arrancarte con mis propias manos.



LA BODA

(Traducción de la poesía de Enrique Heine, del mismo título.)

—

¿Qué es lo que agita mi sangre?
¿qué es lo que enciende este ardor
furioso en el pecho mío?
¡Mi sangre hierve, y feroz
mi sien golpea; devora
la rabia mi corazón!

Mi sangre hierve, porque
un sueño tuve... ¡qué horror!
de la noche el hijo aciago
en sus brazos me llevó...
¡En sus brazos, jadeante,
prensándome el corazón!

Me llevó á una casa. En ella
de la música el rumor
zumbaba, y de mil antorchas
la luz brillaba. Oprimió
mi pecho al entrar el gozo
que miré en mi alrededor.

Llegué á la sala: en la mesa
miré la alegre reunión
de convidados; la novia
buscaron mis ojos... ¡Oh,
desgraciado! ¡Era mi amante,
el bien de mi corazón!

¡Era ella! Blancas flores
ceñían su frente: el rubor
coloraba sus mejillas!...
En pie, detrás del sillón
que ocupaba, quedé fijo.
Su esposo me pareció
un extranjero: otra vez
volvió el alegre rumor
de la música, y la sangre
se aglopó á mi corazón.

Yo estaba tranquilo; pero
la alegría un peso atroz
echaba sobre mi alma.
Miré á la novia, el fulgor
de la dicha vi en sus ojos,
y *él* la mano le estrechó.

El desposado una copa
llenaba; el vino tocó

con sus labios, y, risueño,
lo pasa luego á su amor...
¡El vino es rojo! ¡es mi sangre!!
¡Y ella la copa apuró!!

Sonriendo, una manzana
la desposada ofreció
al deposado. ¡El le clava
un cuchillo! ¡Qué dolor
sentí! ¡ay! ¡que aquel cuchillo
traspasó mi corazón!

¡Con ojos lánguidos, dulces,
se miraban, y el temor
venciendo ella al fin, le abraza
y besa su cara!... ¡Ay, Dios!
¡La fría muerte á mí entonces
también un beso me dió!

¡Entorpecida mi lengua
como una masa quedó
de plomo en mi boca...! Vuelve
de la música el rumor,
comienza el baile, y alegre
á él la pareja corrió.

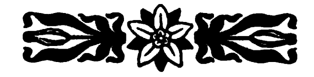
¡Y mientras que inmóvil, mudo,
yo estaba allí, en mi redor
valsando, se atropellaban
riendo! Al oído habló
de la desposada el novio:
vi las rosas del pudor
en su frente; pero enojo
su cara no reveló.

Furtivamente la turba
evitan, y del salón
los vi huir. Seguirlos quise...
¡mi deseo me engañó!
¡Eran de mármol mis pies!
¡Me hizo de piedra el dolor!

Sí, el dolor me hizo de piedra;
mas, sangriento el corazón,
hasta alcoba nupcial
me arrastré, y allí... ¡qué horror!
¡acurrucadas dos viejas
miré sobre su escalón!

Las conocí. Eran la muerte
y la locura. Las dos
sobre sus bocas sin labios

posaban ¡me heló el terror!
sus dedos sin carne. Ahogado
prorrumpí en un estertor
agonioso..... ¡lloré mucho;
reíme al fin! Y la atroz
carcajada, destrozando
mi pecho, me despertó!



ÍNDICE

POESÍAS AMOROSAS



